



R. 85.491

DISCURSO

leído por el Dr. D. José Puente y Villanua en la apertura
de la Academia Filosófico-literaria de Zaragoza.

SEÑORES: El objeto que nos ha juntado hoy en este recinto, ya sabéis que es el de inaugurar una Academia filosófico-literaria, reunion de jóvenes dedicados al estudio de las cuestiones propias de la Filosofía y la Literatura, y que se proponen dilucidarlas y estudiarlas á fondo, á fin de dilatar el horizonte de los conocimientos adquiridos ya en estas materias, aumentar el caudal con otros no alcanzados todavía, y si á tanto llegáran nuestros comunes esfuerzos, enriquecer este ramo de los estudios humanos con descubrimientos interesantes y útiles, á imitacion de lo que hacen hoy otros pueblos, no mejor dotados que el nuestro, aunque si mas ob-equiados por la fortuna de circunstancias favorables y prósperas.

Cuán digno de alabanza sea este propósito; cuanto bien puede acarrear á la juventud estudiosa y cuánto lustre añadir á la reputacion y buen nombre de esta Escuela por la cual, siendo nuestra comun madre, estamos obligados á mirar todos nosotros, no me detendré á ponderarlo. Intimamente convencido de que todos vosotros habeis entrado aquí dominados por esta conviccion clarísima y animados de los mas nobles deseos, acaso mis frases, por escogidas que fueran, no llegáran á ser un eco débil de lo que sienten vuestros corazones juveniles y perciben vuestros aventajados entendimientos.

El honor que me habeis dispensado nombrándome vuestro Presidente, honor que os agradezco en el alma y con sinceridad muy leal y muy franca, si bien temo acodillar muchas veces con el peso de las obligaciones que me impone, ese honor, digo, me obliga á dirigiros la palabra sin aparato y con entera franqueza.

Si en cierto modo he de ser yo quien imprima el movimiento

A-552-2

272 00160
60 of 2+

DISCURSO

QUE EN LA SOLEMNE APERTURA

DE LA

ACADEMIA FILOSÓFICO-LITERARIA

INAUGURADA EN LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

el día 6 de Febrero de 1870,

LEYÓ COMO PRESIDENTE DE LA MISMA ACADEMIA

D. José Puente y Villanúa,

Doctor en Jurisprudencia, Licenciado y Regente de primera clase en Filosofía y

Letras y Catedrático de Historia Universal.



ZARAGOZA:

Imp. de la Viuda de D. Antonio Gallifa y Manuel Sola,

calle de San Blas núm. 6.

T 58020

C 1143929



R. 85.491



DISCURSO

leído por el Dr. D. José Puente y Villanúa en la apertura
de la Academia Filosófico-literaria de Zaragoza.

SEÑORES: El objeto que nos ha juntado hoy en este recinto, ya sabéis que es el de inaugurar una Academia filosófico-literaria, reunion de jóvenes dedicados al estudio de las cuestiones propias de la Filosofía y la Literatura, y que se proponen dilucidarlas y estudiarlas á fondo, á fin de dilatar el horizonte de los conocimientos adquiridos ya en estas materias, aumentar el caudal con otros no alcanzados todavía, y si á tanto llegáran nuestros comunes esfuerzos, enriquecer este ramo de los estudios humanos con descubrimientos interesantes y útiles, á imitacion de lo que hacen hoy otros pueblos, no mejor dotados que el nuestro, aunque sí mas ob-equiados por la fortuna de circunstancias favorables y prósperas.

Cuán digno de alabanza sea este propósito; cuanto bien puede acarrear á la juventud estudiosa y cuánto lustre añadir á la reputacion y buen nombre de esta Escuela por la cual, siendo nuestra comun madre, estamos obligados á mirar todos nosotros, no me detendré á ponderarlo. Intimamente convencido de que todos vosotros habeis entrado aquí dominados por esta conviccion clarísima y animados de los mas nobles deseos, acaso mis frases, por escogidas que fueran, no llegáran á ser un eco débil de lo que sienten vuestros corazones juveniles y perciben vuestros aventajados entendimientos.

El honor que me habeis dispensado nombrándome vuestro Presidente, honor que os agradezco en el alma y con sinceridad muy leal y muy franca, si bien temo acodillar muchas veces con el peso de las obligaciones que me impone, ese honor, digo, me obliga á dirigiros la palabra sin aparato y con entera franqueza.

Si en cierto modo he de ser yo quien imprima el movimiento

á este cuerpo nuevo, creacion de vuestro loable afan por el estudio; si yo he de ser quien le señale la marcha y le marque el derrotero; si en las cuestiones dudosas ó por demas reñidas he de intervenir yo por ventura para aclararlas con mi dictámen, que eso pocas veces lo permitirá la exigüidad de mi ingenio, ó bien para sosegar los ánimos enardecidos, á lo cual hallareis siempre dispuesto mi corazon de amigo vuestro y amante de la paz á todo trance; si todo eso he de hacer yo como Presidente de la Academia, fuerza es que tengais exacto conocimiento del hombre á quien habeis elegido para terciar en vuestros debates, movidos á ello vosotros no por mi mérito, que es muy escaso, sino por el concepto favorable debido no mas que á vuestra benevolencia.

Pues para esto, no veo yo mejor camino que el de dirigiros hoy la palabra, segun ya he dicho, sin aparato, sin pompa, asi como en familia y en el seno de la amistad, para declararos cuales son mis ideas y mi modo de ver acerca del objeto preferente y primario de nuestros futuros trabajos, que es la Literatura ó las Bellas Letras. En estos casos es moda, pero moda necesaria por causa de la condicion de los tiempos, una profesion de fé: yo debo hacerla y la haré con gusto y con lisura en obsequio vuestro y en descargo mio.

Acaso voy á fatigaros; pero si asi fuere, os ruego compartais conmigo la pena que pudiera corresponderme, pues aunque no ignoro el gran mérito de los discursos breves, vosotros no habeis podido darme el tiempo que yo necesitaba para que el mio fuese menos largo y no de tan pobres guarnimientos; y esto me parece ya un titulo suficiente para que vuestra amabilidad pase de largo la vista por sobre su escasa valía é inevitables imperfecciones.

Y sin mas preámbulos, ved aquí la proposicion de mi discurso:

1.º Qué son, y qué género de preferencia merecen, las Bellas-Letras:

2.º Cuál deba ser su carácter esencial y el espíritu que las anime y dirija.

Entre las varias opiniones relativas á la reforma definitiva de los estudios en Europa, salió hace años á volar una, que aun no ha detenido su vuelo enteramente; opinion que, por lo peligrosa y desacertada en concepto de hombres muy entendidos, pudiera traer consecuencias funestas á la educacion de la juventud. Esta opinion, hija del exagerado afan de nuestro siglo de descomponer y analizar, consiste en divorciar las ciencias de las letras, creando en la Filosofia dos educaciones. si se me permite este

plural, una exclusivamente literaria, otra exclusivamente científica; una en la cual todos sean precisamente matemáticos y naturalistas sin ningun conocimiento de Homéro ni Ciceron; otra en la cual todos sean ideólogos y poetas, enteramente reñidos y perpétuamente divorciados de la esperiencia y conocimiento del mundo material y tangible.

De manera que, segun esos reformadores, hay que poner á un alumno de Filosofia en la alternativa de ser un Cuvier, ó un Chateaubriand, un Vauban ó un Mirabeau, transformando de esta suerte la educacion pública en una especie de juicio de Salomon, que seria como dar la mitad del niño á cada una de las partes para quedar bien con todas las opiniones. Quiera Dios que la comparacion no sea demasiado exacta, pues en mi juicio la educacion es un todo orgánico que no se presta en manera alguna á semejante operacion quirúrgica.

Efectivamente: ¿habrá quien se figure que es un capricho de la fantasia el que de un cabo á otro de la Europa el estudio del Griego y del Latin, es decir, de dos lenguas que ya no se hablan y cuyos vocabularios carecen de mas de la mitad de las voces necesarias para los usos de las sociedades modernas, sea sin embargo el único y principal objeto de la juventud ilustrada? ¿De dónde viene y en qué se funda esta costumbre general? Será porqué en estas dos lenguas la Poesia y la Elocuencia han alcanzado una perfeccion maravillosa? No debe ser tal la razon cuando otras lenguas tienen obras maestras de poesia, y sin embargo no se emplea en ellas seis ú ocho años seguidos, como sucede en muchos pueblos, para aprenderlas. ¿Por qué, pues, las naciones de Europa han convenido en hacer de la Literatura la primera y única nutricion de las imaginaciones infantiles? ¿Por qué esta preeminencia otorgada por todos á la Literatura y sobre todo á la Literatura antigua? Fuerza es confesarlo: esta preferencia viene de una opinion fuertemente arraigada en el ánimo de todos, á saber, que sin el estudio de la Literatura clásica es imposible llegar á ser un hombre completo en ningun género, ni en uso alguno superior de la actividad y la inteligencia. Sin buenos estudios clásicos no hay en sociedad hombres bien educados, ni en los gobiernos hombres políticos, ni en las ciencias hombres maduros y consumados. Tanto los padres como los hijos abundan en la conviccion de que la educacion clásica es el timbre necesario y el sello de todo hombre bien educado. Y de tal manera reina y domina esta idea, que sin embargo de ser nuestra época tan económica de tiempo y de dinero, tan ansiosa de adquirir y gozar, los padres á pesar de todo consagran á esta

educacion de sus hijos una porcion de años de costosos sacrificios, y los niños al árido y repugnante trabajo de la Gramática y Retórica la misma porcion de años de paciencia y aburrimiento.

Y no hay cansarse: esta opinion es verdadera ó falsa; una preocupacion ó una verdad profunda; un resultado incontestable de la esperiencia ó una estúpida tradicion rutinaria. En consecuencia, segun lo que se elija de estos extremos, hay que echar la literatura por cimientto de la educacion, ó desterrarla completamente de los programas; porque la utilidad de la educacion literaria es de tal naturaleza, que si no es general, es nula; si no es sobreescelente, es de todo punto inútil: no cabe término medio.

Si se atiende al resultado práctico, inmediato, palpable, positivo, en verdad que es insignificante. Mas carrera se hace en el mundo sabiendo inglés ó aleman, que griego ó latin; y mucho más todavia en dinero y provecho, empleando el tiempo en la química aplicada á las artes por ejemplo. Bajo este punto de vista, la literatura es un tiempo perdido; y qué tiempo!... el mejor de la vida. Quédense, pues, esas cosas allá para gentes desocupadas y ricas que no saben como matar el tiempo, ó para eruditos curiosos.

Pero si pasando á un órden de ideas mas elevado, consideramos que los estudios clásicos son la verdadera escuela del espíritu y las costumbres; que la análisis de las lenguas sábias de la antigüedad es una gimnástica incomparable para todas las facultades del alma, y en especial de la inteligencia; que este ejercicio es el único que forma el *vir ingenuus* de la antigüedad, el hombre bien educado de los tiempos modernos, entonces la cosa varía mucho de aspecto: entonces diremos al contrario, que todo el tiempo y dinero consagrados á la literatura, es poco. Pero yo añado que las letras son necesarias, sin distincion de clases, para toda la juventud estudiosa. En vano se querrá imponerlas á este, y dispensarlas á aquel: todas las profesiones superiores de la vida tienen igual necesidad de hombres bien educados, y yo no creo que un médico ni un militar quiera ceder de buen grado el paso en este materia á un abogado ó á un empleado civil.

Seria, pues, una loca tentativa la de querer inspirar el amor de las letras á una parte de la nueva generacion, desheredando á la otra restante que pertenece sin embargo á la misma clase y grado de la sociedad, y está destinada á vivir de la misma vida. Es una quimera el establecer así dos corrientes paralelas, pero de distintas aguas y dotadas de diversa fuerza en su oleage; es preciso que se confundan, ó que la una sea absorbida

por la otra. Semejante bifurcacion daría por resultado, ó bien la degradacion injusta de la educacion científica, ó bien, y por desgracia lo más probable, al ver la postergacion de las letras, se tendrían estas por una cosa inútil ó de puro aparato; y con ellas se perderían también los sentimientos de moralidad, que pronto mueren cuando no se cultivan sin cesar y se afinan por un ejercicio constante: siendo lo más sensible, que bien fuesen las letras ó las ciencias las vencedoras en la contienda, la educacion real y verdadera no sería más que una sola, porque en último resultado, para una juventud compuesta de compatriotas iguales y contemporaneos, no hay sino un estado moral é intelectual posible; ni para los hombres hay tampoco dos humanidades sino una sola.

Me parece una niñería indigna de hombres serios la cuestion debatida sobre la preferencia entre las ciencias aplicadas y la literatura. Esta hostilidad artificial entre las facultades y las conquistas del espíritu humano, nunca debió salir de la esfera de las antítesis teóricas para descender al terreno de la práctica. Las letras han llevado en su seno á las ciencias durante las épocas de barbarie cuando la naturaleza no era estudiada ni conocida sino por los razonamientos de Aristóteles ó los sueños de Platon; las ciencias en recompensa han dado despues á las letras una precision de que han reportado las segundas muy conocido provecho.

No obstante, si desoyendo la voz de la conciliacion y concordia entre estas dos potencias del mundo moral, se me pusiése en el caso de un nuevo juicio de París, mi indecision sería dolorosa pero corta: la aurea manzana sería adjudicada resueltamente por mi á las Bellas Letras. Entre una educacion exclusivamente científica ó exclusivamente literaria, optaría siempre por la segunda.

Las razones son muchas; podrían llenar un libro no pequeño; los límites de este discurso no me permiten apuntar mas que una que creo será decisiva, á saber, que los hábitos creados por las Bellas-Letras son muy menos dañosos para el orden social, por mas que se diga, y mucho mas distantes de las tendencias desorganizadoras, que los que engendran las ocupaciones exclusivas de la ciencia.

Parecerá tal vez una paradoja lo que digo, en una época en que muchos publicistas predicán de continuo que las escuelas literarias únicamente producen republicanos en agraz, Gracos pigmeos y precoces Brutos.

Pero la experiencia se rebela contra un fallo tan acerbo dictado contra las Musas y las Gracias. La experiencia prueba que la influencia dominante de las ciencias es mas temible para la

sociedad que el cultivo de las letras, aun llevándolo á la exageración. Buscad en el mapa un pueblo donde el pensamiento humano haya dejado impresas con caracteres mas pronunciados sus repetidas oscilaciones, la Francia por ejemplo, ya que ese pueblo nuestro vecino está, há tiempo, en posesión de dar el tono y los figurines á la Europa en el pensar y el vestir. ¿Cuáles son los dos siglos que dan á este pueblo mayor renombre en el mundo civilizado? El siglo xvii, esto es, el siglo de la autoridad por excelencia; y despues el siglo xviii, esto es, el siglo de la destruccion de la autoridad, la cual autoridad pulverizó el reduciéndola á tan menudos fragmentos, que hoy nos vemos apurados á fin de recoger algunos desperdicios para acudir al sostenimiento del edificio social. Y qué fué el siglo xvii, el siglo de la autoridad? Un siglo literato en gran manera; su Código está en el Arte poética de Boileau. El siglo xviii al contrario fué el siglo de las matemáticas y de la fisica; siglo que trató la politica y la moral como si fueran ecuaciones ó logaritmos, y que llevó sus locas esperanzas hasta la de poder encontrar un remedio contra la muerte: su código es de Alambert y el Prologo geométrico de la Enciclopedia.

El abuso de las ciencias consiste precisamente en lo mismo que constituye su título de gloria, esto es, en ese punto de vista de utilidad práctica inmediata y el hábito y la exigencia de una precision y de una exactitud rigurosa; en ese espíritu de progreso y de incesante innovacion que las anima.

Ahora bien: si las ciencias dominan en un pueblo como soberanas, este pueblo seria eminentemente positivista y utilitario; y como las letras ninguna utilidad inmediata producen, al paso que las ciencias están llevando á cabo una revolucion completa en la industria, la produccion y por consiguiente en la riqueza de las naciones, claro está que harian un papel nulo de puro desairado; nadie podria persuadirse que una página del Dante vale más que una lima ó unas tijeras, ni que un soneto de Petrarca ó de Argensola hace más honor al espíritu humano y exige de la inteligencia un trabajo más esforzado y noble, que para bautizar un producto químico con el nombre de deuto-trito-proto-sesquibásico de ioduro. (1)

Pero ved aquí precisamente el gran peligro. Así como se ha dicho por blasfemia que la pequeña moral mata á la grande, mas exacto seria decir que la pequeña utilidad mata á la utilidad grande. Observemos, señores, que este argumento de la utilidad ha sido el arriete con que los agitadores de todas las edades han

(1) Châteaubriand.

principiado la demolicion de las instituciones en todos los paises. ¿Para qué sirven, dice el demócrata de cierta escuela, la gerarquía de los cuerpos políticos, los grandes poderes y los altos empleos? Un grande aparato para una cosa muy sencilla.—¿A qué conduce, dice á su turno el republicano admirador exagerado de los Estados-Unidos, el esplendor del trono, los palacios y el boato de una corte? Un presidente con frac sencillo negro hará todo eso con mas economia.—¿De qué sirve, entona á su vez el socialista, la desigualdad de fortunas, las grandes posesiones donde podia haber tantos pequeños campos, y esos dilatados castillos dónde cabrian mil cabañas?

Este argumento de la utilidad es como el instrumento del zapador que avanza y avanza siempre hasta dar con los cimientos de un edificio. Ni aun la misma Religion detiene su marcha. Un reformador halla que las ceremonias y el culto cuestan mucho; otro filósofo dice que el Catecismo es largo; el ateo dice que debe pegarse fuego á todos los códigos escritos, porque basta la ley natural que es corta, clara y no exige gastos de impresion en las gacetas y boletines. Por este método, al pie del nivel que es el emblema de la moneda masónico socialista, tambien debia escribirse y con letras muy gordas: ¿Y esta herramienta para qué sirve? ó para qué vale?

En verdad que al oir á los pretendidos sábios preguntar con aire altanero: *de qué sirve la Literatura?* no podemos menos de experimentar cierto involuntario estremecimiento. Semejante argumento empleado contra el instrumento mas eficaz de la civilizacion del mundo, tiene no sé que aire de familia con esos otros que amenazan arrancar de cuajo la Religion y las sociedades. El punto de vista utilitario puro es hermano uterino, ó cuando menos muy próximo pariente, del punto de vista demoledor y demagógico.

Ahora bien: ¿á quien más que á nadie interesa el abjurar esas sórdidas consideraciones de una utilidad puramente materialista? A la misma ciencia por su decoro y su porvenir. La ciencia verdadera debe tener á mucha honra el ser colocada entre las elaboraciones desinteresadas y puras del espíritu humano. La ciencia tuvo su origen más bien en el deseo de conocer que en el afan de adquirir; es hija del amor á lo verdadero, no de la codicia de la ganancia: si reniega de este origen, la ciencia morirá despues de haber matado á los hombres.

El estudio de las letras es necesario á los sábios para fomentar el noble y puro amor de la verdad, y ese fuego de la imaginacion que es el que sugiere todos los grandes descubrimientos,



que generalmente son presentidos y adivinados por la imaginación antes de ser verificados por el raciocinio.

Cierto es sin embargo que en las ciencias el principal papel lo desempeña el raciocinio, porque las ciencias ante todo necesitan certidumbre, y desde Bacon vienen ya gloriándose de no marchar sino á pasos contados y desdeñando las hipótesis: en una palabra las ciencias se jactan de ser ante todo ciertas y exactas. Pero precisamente esta necesidad de una certidumbre absoluta que el habito engendra en los hombres científicos, es lo que los hace inútiles y peligrosos en el curso general de los negocios humanos; siendo muy frecuente ver hombres que con el yeso en la mano resuelven admirablemente los problemas de matemáticas en el encerado, desenvolver, sentados en una tribuna, con la misma aparente confianza una série de razonamientos que conducen forzosamente á un absurdo. Este fenómeno se explica facilmente. El raciocinio es un instrumento que disecciona y analiza con rigor matemático los datos que se le confían. Si los datos son ciertos, la conclusion es satisfactoria; pero si son defectuosos ó falsos, la consecuencia se encarga de patentizarlo. Ahora bien; en política por ejemplo, nada hay completamente cierto, ni ciertamente completo. Nadie sabe todas las cosas, ni el total de una sola. Todo depende, á cada paso, de la movilidad de las circunstancias que dirige una mano misteriosa; de la libertad humana cuyos súbitos arranques y evoluciones van envueltos en un misterio, si cabe mas grande todavia. No hay problema alguno político que tenga las condiciones de los que resuelven los Newton ó los Laplace; ni hay experimento alguno político que se apoye en esas pruebas minuciosas, pacientes, infalibles que constituyen la legitimidad de una ley de Física. Los matemáticos responden como su maestro Newton, *hipoteses non fingo*. Y sin embargo en el mundo moral y político no se da un paso sin hipótesis y conjeturas. Y ved aquí lo que desespera á los espíritus ayezados á la disciplina de las ciencias: esta incertidumbre inevitable; esa falta de evidencian que ellos piden á la vida real y que la vida real les niega; ese aspirar en vano á producir una formula geométrica con datos cuya índole está en abierta oposicion con semejante método.

Por último; ¿quereis otra prueba de las falaces analogías que la ciencia sugiere cuando se empeña en trasportar su método á la esfera de los intereses políticos y morales? Fácil es el presentarla. La funesta ilusion del progreso indefinido y universal de la naturaleza humana, esa confianza absoluta en la perfectibilidad incesante del género humano, ¿de donde la sacaron los corifeos

de esa escuela, víctima de una ilusión generosa pero enteramente utópica? Pues la sacaron de los progresos de las ciencias, que en el siglo pasado contribuyeron mas que ninguna otra cosa á inspirar á la generacion delirante de entonces el furor de progreso que vino á parar desde luego en un mar de lágrimas y sangre.

Seducidos entonces los hombres por aquella série de descubrimientos é invenciones que de cada vez eran mas prodigiosos desde principios del siglo sin cesar un día, creyeron y esperaron imprimir el mismo movimiento á las sociedades políticas por medio de una revolucion radical y razonada. En consecuencia, el siglo XVIII hizo en política con las tradiciones, lo que la ciencia acababa de hacer con la herencia de preocupaciones y errores legada por la escolástica en sus tiempos de degeneracion y sofisteria.

Herederos nosotros de este siglo de aventuras, hemos aprendido muy á costa nuestra que la duda metódica no es precisamente el medio de crear instituciones sólidas, y que el progreso político durable consiste en el respeto inteligente, pero no servil de lo pasado. Si se hubiera dado oídos á la Literatura, ella hubiera podido dar entonces lecciones muy útiles. La Literatura es la amiga de lo pasado: sentada al pié de sus monumentos, adora allí á sus divinidades y tributa homenajes á sus maestros y modelos. Mientras un aprovechado aprendiz de ciencias naturales aspira á saber, hoy tanto, y mañana más que Laplace y Cuvier, el literato sigue leyendo y admirando á Homero hace ya muchos siglos sin esperanzas de igualarle jamás. Por otra parte, siendo la expresión habitual de las pasiones humanas, se ha constituido por tanto la Literatura en depositaria de su experiencia. Un hombre de talento decia en cierta ocasion: «Yo acepto tambien el Sufragio universal si votan tambien los muertos.» La Literatura es el eco de los votos de los muertos, cuya voz prolonga á través de las edades.

Pero qué, se me dirá; ¿estais haciendo el proceso de las ciencias? De ninguna manera. Lo que pretendo es, hacer ver cuán inútil y vano sea el empeño de sustituir y reemplazar la luz religiosa ya tan debilitada en sus fulgores, con la iluminación científico-matemática. Pretendo llamar la atención hácia el empeño que muestran algunos hombres influyentes en la opinion pública de Europa, en sostener el falso principio de que las ciencias pueden prescindir del consorcio amable y la útil cooperación de las Letras.

Me diréis tal vez, que si las ciencias engendran los sistemas, las Letras producen los declamadores y sofistas; que si las ciencias exigen una precision escesiva, las letras aprenden á no pa-

garse sino de palabras; que si las ciencias engendran ó forman espíritus en demasía absolutos, las otras tambien los hacen vagos y nebulosos en demasía.

Concedido: esta es una de tantas páginas de la historia de los abusos humanos. Lo que sacaremos en consecuencia es, que las dos se prestan mutuamente un contrapeso saludable; y que es atentar contra su existencia, su porvenir y la educacion racional pública, pretender divorciar lo que la naturaleza ha unido con vínculo tan fuerte y estrecho en el espíritu del hombre.

Que sigan, pues, perfectamente unidas las ciencias y las Letras como hermanas gemelas cariñosas; que unidas, formarán hombres científicos eminentemente religiosos, y literatos que en sus producciones aspiren á la manifestacion de lo bello como esplendor de lo verdadero y lo bueno.

Hé aquí lo que son á mi ver las Letras; hé aquí su carácter, su mision, su verdadero papel y la importancia trascendental que tienen en la educacion intelectual. Réstame deciros ahora alguna cosa tambien acerca de su manera genuina de ser, y del soplo benéfico que debe animarlas para que sean un principio de vida y no un letal tósigo y poderoso agente irresistible de corrupcion y podredumbre. Quiero yo deciros cómo entiendo han de ser para que iluminen los senderos de la vida á guisa de plácida luz tan grata á los ojos de toda alma honesta y enamorada de la legítima verdadera belleza, no á la manera de la siniestra llama de los incendios y volcanes, cuya fiera magestad se ostenta á costa de inmensas desolaciones.

Empeño comun ha sido entre los retóricos de todos los tiempos el considerar las letras como un objeto diferente de todos los estudios morales; de suerte que, segun ellos, el talento está en posesion de reglas seguras y tanto, que basta seguirlas para producir infaliblemente obras maestras y acabadas. De aquí ha brotado esa multitud de libros técnicos que enseñan á estudiar las letras cual si fueran ciencias exactas, esplican las condiciones del génio, revelan sus artificios, inician en sus inspiraciones; nuncan la marcha y los grados por donde se llega á la perfeccion de la cultura literaria, como pudiera hacerse con cualquiera de los oficios mecánicos más vulgares y conocidos.

Esto de aislar la enseñanza de las leyes morales que forman el corazon del hombre, de esa otra enseñanza de las leyes ó preceptos encaminados á formar su espíritu, pudo ser en otros tiempos una cosa ridícula cuanto se quiera, pero enteramente inofensiva. Dábanse la mano tan estrechamente en los sistemas de enseñanza las letras siguiendo su método didáctico, y la religion

apoderándose de la inteligencia, que todo el mal influjo de los falsos métodos de enseñar perdió su acción ante ese otro más poderoso agente que es quien decidía la aplicación.

Hoy estamos en otro caso muy distinto. La religión perdió mucha si no toda su antigua autoridad en punto á educación literaria; y por consiguiente, abandonadas las letras exclusivamente á su dirección puramente técnica, corren los espíritus muy grave peligro de perderse á cada instante en los caminos falsos; y el talento mismo, ofuscado por lecciones enteramente materiales, carece de aquella vida activa que sacaba sin esfuerzo de los estudios morales.

Que este divorcio actual entre la Religión y las Letras es un fenómeno que no en todas las zonas civilizadas y cultas se ostenta con igual intensidad y alarmantes síntomas, creo no hay necesidad de explicarlo. Mas por otra parte la universalidad de su influjo exige como nunca la necesidad de demostrar el vacío de las teorías sabias que escluyen sistemáticamente el elemento religioso, al paso que impone el deber sério de hacer comprender la urgencia también de establecer la íntima alianza entre la moral y las Letras, y esto por interés y en provecho del génio mismo, pues que ya pasaron los tiempos en que ese divorcio nada tenía de dañoso por lo mismo que era mas aparente que efectivo.

No por vulgar y añeja deja de ser interesante una verdad, cuando además de su importancia se la encuentra eliminada de la corriente de las verdades en boga. Una mujer ha dicho que «en punto á modas nada hay nuevo sino lo que está olvidado.» Y siglos antes había dicho Cicerón: *Res novæ quia inauditæ*. Un génio de la antigüedad y una modista se encuentran aquí coincidiendo en la recomendación de una verdad ó principio paradójico en apariencia, pero muy profundo en la realidad.

A muchos suena mal el nombre de *buenas letras*, nombre que servía á los antiguos para designar las letras, y que para ellos significaba la unión íntima y el feliz marriage entre la ciencia y la virtud, la moral y el talento, la verdad y el génio. Decían ellos, las buenas letras (*optime litteræ*); las buenas artes (*bonæ artes*); las letras humanas (*humaniores litteræ*), esto es, las letras cultas, las letras amables que suavizan las costumbres y civilizan los pueblos.

.....*emollit mores nec sinit esse feros.*

Y mas tarde digeron las santas letras; pero eso ya fué cuando el Cristianismo hubo traído á los hombres nuevos pensamientos acerca de la belleza, y santificado lo que hasta entonces no había sido sino simplemente bueno.

Yo no tengo noticia de que las lenguas antiguas contengan la espresion de *bellas letras* que nosotros usamos: esta es una espresion de los tiempos modernos, espresion que yo no rechazo porque creo que todo cuanto contribuye á ennoblecer las letras debe ser consagrado por el uso; mas no por eso ha de impedirse la exumacion de la ya olvidada palabra de *buenas letras*, pues para mi es la única verdadera, la única propia, la única en que se revela el objeto verdadero de los estudios humanos.

Pero el dar á las letras el nombre de *buenas letras* ¿es porque las letras hacen *bueno* al hombre, ó porque el hombre que se proponga cultivarlas debe ser un hombre *bueno*?

Digo que debe ser por ambas razones.

En efecto; hay en el cultivo de las letras un no se qué de grandioso y noble que eleva los pensamientos del hombre, le habitúa con los pensamientos sublimes y le familiariza con la virtud. El hábito de meditar en las soledades, de gustar los encantos de los poetas y vivir en compañía de los grandes génios de los pasados tiempos, suaviza y hace amables las costumbres; calma las pasiones; aplaca la cólera y la venganza; inclina el corazón á la piedad y á los sentimientos delicados, tiernos y generosos. Los que miran las letras de mal ojo, las acusan de afeminar el corazón, de enervar el carácter y por consiguiente de disponer al hombre á la corrupcion: dicen de ellas lo que aquel orador breton, citado por Tacito (Vit. Agric.) decia de los romanos: *Estos hombres nos traen sus vicios con el nombre de civilizacion*. No tengo reparo en conceder que la bondad y la dulzura, fruto del cultivo de las letras, cuando no van acompañadas de aquella *sobriedad* recomendada por el Apóstol de las gentes, son un rápido tránsito á la corrupcion y la debilidad de carácter; mas no por eso dejan de ser la bondad y la dulzura uno de los ornamentos de la vida humana, ni es razonable el exigir que el hombre permanezca rudo y salvaje por temor de que la civilizacion llegue á inspirarle el gusto por la voluptuosidad: ni porque el hombre pase facilmente de las virtudes, que le hacen amable, á los vicios que le hacen aborrecible, hemos de proscribir las letras que pulen las costumbres, ni la religion misma porque entre sus beneficios es uno el secreto que posee de suavizar el carácter despojándole de su rudeza. ¿Qué sería de la vida humana, si á esa elegancia, fruto delicado del cultivo de las letras, hubiéramos de preferir la brutalidad de un natural inculto, pasiones ásperas y selváticas, vicios tanto mas libres, cuanto mas ignoradas fueran las conveniencias del decoro público? Si la moral comunica su auste-

ridad á la virtud, las letras le infunden su urbanidad y agrado, pues que, no solo en el language, si es que tambien en los hábitos de la vida, difunden una benevolencia que se asemeja á la honestidad, un gusto puro de modestia y una especie de decencia que viene á ser como el pudor del espíritu, y que seria tambien un homenaje tributado á las buenas costumbres aun en el caso de reducirse á un disfraz ingenioso ó á una cobarde hipocresia. Ved, pues, como el dar á las letras el nombre de *buenas letras*, es por la propiedad que tienen de hacer *bueno* al hombre.

Pero, como ya os digo, ese título les conviene tambien porque el hombre debe ser *bueno* para cultivarlas con fruto.

Estraña y nueva paradoja! Así tal vez me dirá algun escéptico de esos que quisieran aspirar a lo que hay de puro y noble en la reputacion literaria, pero sin renunciar por eso á ninguno de los placeres que las pasiones prometen, y que desta manera pretenden conciliar el talento y la corrupcion, la gloria y el deleite.

Pues mal que á tales escépticos pese, esto que digo nada tiene de nuevo ni chocante. Por una ley admirable ha dispuesto la Providencia que el vicio no pueda contraer alianza con el talento. El hombre malo y corrompido hallará tal vez en su pasion inspiraciones que en ciertos casos produzcan movimientos parecidos á los del génio; mas las producciones de un espíritu perverso no han de juzgarse por esa pasagera imitacion de lo verdadero y lo bello, sino por el conjunto de sus obras; y en él sin duda se hallará un profundo sello que revela y acusa la degradacion de sus pensamientos. La antigüedad proclamò ya esta verdad cuando dijo por boca de uno de sus filósofos: *Los discursos de un hombre son como su vida, y su estilo se corrompe con la moral*, cuando es mala (Sen. ep. 114 y 115.)

Dirán tal vez que esta doctrina no puede ser cierta, supuesto que la historia, al lado de los hombres que han demostrado esa bella alianza entre la virtud y el génio, escribe tambien los nombres de algunos grandes sofistas que han corrompido y trastornado el género humano poniendo en juego la doble palanca de sus vicios y de su talento.

Ya he manifestado, y es incontestable, que puede muy bien un hombre vicioso y degradado hallar aun en sus mismas desordenadas inclinaciones, el manantial de una inspiracion repentina; y entonces esos movimientos son elocuencia, aun cuando esa elocuencia sea un verdadero veneno. Todo hombre ardiente y apasionado puede ser elocuente, pero no un modelo de elo-

cuencia. Analizad, si no, el carácter de esa elocuencia que os ha deslumbrado, de ese talento que os ha seducido; y no tardarais en hallar junto con esos movimientos que os arrastran, el lenguaje vil y grosero que os repugna y humilla inspirándoos un invencible disgusto. No os será difícil hallar en la historia de los tiempos modernos alguno de esos tipos de elocuencia impetuosa, producto de una pasión enérgica que desde la tribuna ó el periodico disparan sus potentes rayos contra los poderes de la tierra. A primera vista pareció un Demostenes; pero luego el juicio imparcial y frio de la posteridad le ha despojado de esa aureola usurpada, le ha lanzado de ese trono de un día para colocarle entre los talentos pervertidos, azote de la humanidad destructores de la paz del mundo.

Es de suma importancia, Señores, fijarse bien en la naturaleza de este fenómeno extraño, porque en ninguna cosa nos conviene tanto el saber distinguir el oro de ley de esos otros metales que, á fuerza de arte esquisito, contrahacen y remedan con perfeccion increíble las apariencias del metal precioso legitimo, hoy sobre todo que el mundo está entregado a todo *viento de doctrina* y á toda tempestad de palabras.

En efecto si un hombre depravado, inmoral y escandaloso, escribe sin embargo bien, habla con elocuencia, inflama con sus discursos, arrebatá con sus escritos, ¿cómo se dirá que para el cultivo de las Letras es condicion necesaria la práctica de la virtud, una vida y una conducta ordenadas? ¿Cómo hay escritores brillantes, oradores elocuentes, de vida, sin embargo, depravada y escandalosa?

Es que la naturaleza ha dado á esos hombres el instinto mas bien que el sentimiento de lo bello, y ese instinto es el que los eleva á las alturas del talento y á la cúspide en ocasiones del gusto mas puro y acendrado. Pero notad que nunca son grandes escritores sino cuando respetan la moral, cuando le toman prestado su lenguaje, cuando por un esfuerzo del alma se olvidan de los vicios que les tienen dominados. Y por otra parte ¿qué distancia tan enorme entre el escritor que se inspira en la virtud que respeta y ama, y el talento para quien lo bello representa una convencion y no mas! En el lenguaje del segundo notareéis un trabajo penoso de imitacion, un esfuerzo continuo para acomodar sus pensamientos á las leyes de la moral que son tambien las del gusto, mientras el escritor virtuoso no hace sino dejar libre salida á los suyos que la moral aprueba porque la moral los inspira: hay en este mas naturalidad y verdad que en el otro, cuyos escritos llevan el sello del embarazo y la falsedad. Y cuenta que no

me refiero á los escritores procaces y abiertamente abyectos: a la osadia de la perversion nadie otorga el diploma del talento. Las pasiones bajas y abyectas tienen que ocultarse para aplandir al que las halaga, mientras que el talento ha sido hecho para ostentarse á la luz del dia, y no existe desde que se ve forzado á ocultarse para ser aplaudido á hurtadillas. ¡Cosa admirable! el vicio forzado á ser hipócrita para adquirir los honores del talento! ¿Puede darse prueba mas concluyente de que el talento no pertenece sino á la virtud?

Ah! me diréis acaso; con que la habilidad puede suplir y reemplazar á la virtud! con que los mismos triunfos alcanza el talento que se esfuerza en borrar de sus escritos la huella del vicio, que el talento que no necesita sino dejar correr en los suyos su pensamiento puro é ingénuo!

De ninguna manera. Tanto valdria confundir la virtud con la hipocresía: la virtud que es un movimiento natural del alma, con la hipocresía que no es mas que un esteril remedo de ella; y la naturaleza no puede ser vencida por un artificio cualquiera.

Tomad, si no, un libro de nuestro Granada: en su language hay algo divino porque es el alma del escritor la que allí se difunde y deslie. Tomad luego á Senéca; tambien este escritor habla de la virtud: observad sin embargo cuán enfatico y forzado es su estilo. Es que Granada espresa un pensamiento verdadero; Séneca un pensamiento fingido: la afectacion del uno proviene de sus vicios; la naturalidad del otro proviene de sus virtudes.

Aplicad la misma observacion á todos los escritores viciosos antiguos y modernos; un estudio esmerado de su manera os conducirá infaliblemente á descubrir en sus escritos algo de la huella de sus vicios.

Cuando hablan de la moral son afectados, como de cosa que ni aman ni conocen. En la elocuencia de Salustio contra las costumbres públicas perversas no encontrareis jamás elogio ninguno tributado á la inocencia interesante y cándida J. J. Rousseau habla con pasion de la virtud, pero esa pasion es un odio profundo á la humanidad; estigmatiza á los hombres para disimular sus propias debilidades; es exagera o porque es falso: declama contra el hombre, mas no le consuela; quiere hacerle odioso y repugnante; mejorarle, de ningun modo.

¡Qué gloria tan grande para la virtud tener el privilegio de hallarse al frente de todos los progresos, de todas las victorias y triunfos de las Letras!

Señores académicos; las tareas que os proponeis emprender en este recinto tienden á un fin noble y elevado. Al entregarnos

al estudio detenido de las cuestiones y problemas histórico-filosófico-literarios, aspirais sin duda á perfeccionaros hasta donde nuestras fuerzas lo consientan, en el manejo de ese instrumento mágico y poderoso que se llama la palabra humana, á fin de revestiros de la autoridad posible para dirigir la palabra á vuestros semejantes. Tarea difícil, ardua y que merece recompensa. A cual aspirais vosotros? á la reputacion? á la gloria? Voy, para concluir, á deciros mi dictámen y á daros mis amistosos consejos sobre este punto.

El hombre que habla á los hombres, suponiendo que lo haga con éxito, tiene delante de sí dos caminos abiertos: el uno conduce á la reputacion, el otro á la gloria. Estas dos palabras no son sinónimas ni mucho menos: la lengua y el instinto se niegan á confundirlas. Hay entre ellas una diferencia no de grado sino de naturaleza: la reputacion es la parodia y lo opuesto de la gloria: tan impropio es hablar de la reputacion de San Agustin como de la gloria de Helvecio.

El arte y lo mismo la Literatura tiene por fin evidente, por fin natural suyo, elevar hácia el ideal á todos cuantos se aproximan á contemplar esos signos sensibles que son la espresion y manifestacion del ideal mismo. Yerra quien busca la ley del arte, no en la ley eterna y en la verdad absoluta sino en el capricho del público; yerra quien en vez de educar á las hombres elevándolos, trata solo de agradarles ó divertirles yerra; por consiguiénte quien en vez de buscar la gloria, se afana por adquirir reputacion entre los hombres y se contenta con eso.

El literato y artista que adula al público, camina á la reputacion: el que lo eleva y enaltece, camina á la gloria: esta viene de arriba, la reputacion de abajo. La reputacion es con frecuencia obra del reclamo y la intriga; la gloria es la aureola que la verdad coloca sobre las sienes del hombre escogido por ella; es un reflejo de Dios á quien solo, y no mas que á El, pertenece esencial y propiamente.

Creo me habreis comprendido. El término de vuestras sólidas aspiraciones y deseos como recompensa de vuestros afanes literarios, ha de hallarse en intima consonancia con ese espíritu que debe animarlas y yo acabo de recomendaros: *bonum, verum, et ens convertuntur*, decia en lo antiguo la escuela; y yo por mi parte debo deciros ingénuamente que la definicion de lo bello mas completa y verdadera en mi concepto, es la que dice: *se llama bello lo que agrada á la virtud ilustrada*.

He dicho.

